

LA MEMORIA QUE NO CESA
Relatos de exilio 1982-1998 desde una perspectiva de género.

Jimena Silva Segovia
Escuela de Psicología, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile.

En este artículo, discutiré algunos aspectos de la relación entre memoria individual y colectiva, a través del relato biográfico de una chilena exiliada, en circunstancias sociopolíticas, vividas por las mujeres con particular crudeza. El propósito, es construir puentes interactivos, entre relatos mínimos y los grandes relatos de la dictadura. Contribuir con historias no oficiales, al conocimiento de hechos traumáticos, como el desarraigo y la fragmentación forzada de las familias en la sociedad Chilena. Recuperar vidas silenciadas, facilitar la emergencia de dolores que pugnan por salir, expresando ciertas traiciones. Relatos que, al ser conocidos, servirán de guía para la interpretación de dinámicas políticas y de género, vigentes en la sociedad chilena. En la discusión, se exponen, tensiones, e implicancias del desarraigo, tanto en la protagonista como en sus hijos, vinculándose con recuerdos, virajes o rupturas, que cambiaron su destino, con partes de la memoria colectiva de Chile.

Palabras clave: participación política, identidad de género.

Introducción.

En los países en que se ha vivido violencias institucionalizadas, como en las dictaduras latinoamericanas, aquellos grandes relatos históricos, parecieran acaparar la atención y el re-conocimiento social. La mayoría, se ubican como ejes centrales de la recuperación de la memoria colectiva. Desde hace más de 10 años, he intentado ir recogiendo fragmentos de otras historias, de mujeres anónimas, o silenciadas por el dolor. A veces, a través de conversaciones breves, otras extensas como las historias de vida, o las autobiografías, con la intención de seguir algunos hilos de experiencias traumáticas, que han quedado en las fronteras del casi olvido.

La propuesta de este artículo, se centra en la idea de iluminar hechos históricos, de la memoria emblemática, con fragmentos de memoria suelta, individual, de una mujer que llamaré Daniela. Respetando su decisión, y para garantizar su anonimato, he editado datos de identificación de la familia. Daniela, en la actualidad, tiene más de cincuenta años, vivió la experiencia del autoexilio “forzado” con su familia: esposo e hijos, luego de 10 años de vivir la dictadura. Ofrecer estos relatos, se constituye para la narradora, en parte de un proceso de búsqueda de paz interior, frente a recuerdos reprimidos, que pugnan por emerger. Intentando, que su memoria cese de traer el dolor del desarraigo, la no pertenencia y la fragmentación familiar, con su consecuente soledad. Aunar las fibras, entrecruzar, recomponiendo los fragmentos del olvido. Entre memorias y olvidos, su relato, va creando nuevas versiones biográficas del duelo vivido, las culpas experimentadas, (Grinberg & Grinberg, 1996), entre ires y venires en diversos territorios: geográficos y simbólicos, en un incesante movimiento, entre exilios, retornos, sentimientos de inadecuación hasta la recuperación de autonomía y autoconfianza. Culpa por lo que pudo hacer y no hizo, duelo, por lo s que se quedaron y

ya no están e inadecuación por la mantención testaruda de ciertos ideales. Hasta el empoderamiento del sí mismo, que le guió a la autonomía.

Enfoque teórico

Los registros, encontrados en diversas investigaciones, con perspectiva de género, como por ejemplo, Rebolledo, L. (2001, 2005); Martínez C. (2005); Grinberg, L. & Grinberg, R. (1996); Vásquez, A. & Araujo, A. M. (1990), Richard, N. (2000); Vidaurrázaga (2005), entre otras, permiten saber, que tanto las mujeres que vivieron el exilio en Europa, como en países latinoamericanos, comparten transformaciones identitarias profundas. Procesos vividos por hombres y mujeres. Por el énfasis del artículo, me referiré a ciertos eventos ocurridos a las mujeres, especialmente en el periodo de los años 70's y 80's. En este sentido, por la socialización de tipo nuclear y de tradiciones, recibida por la mayoría de las mujeres en la época, vivir situaciones de riesgo extremo con la familia, revestían mayor complejidad. Esto, debido a la situación de abandono desgarrador de las geografías cotidianas, redes, afectos y seguridades. Además, la vivencia de contacto con otras culturas, en ocasiones absolutamente desconocidas, en otros, de mayor cercanía, pero, todas, marcadas por un proceso intenso de cambio en las relaciones sociales. Para muchas mujeres, significó, por primera vez, la posibilidad de salir de su barrio, de su comuna, y más aún de su país. Así, descubrir facetas no exploradas de su identidad, vencer prejuicios y estereotipos, a propósito del contacto con otras formas de relaciones cotidianas, (Godoy, 2007) o por las exigencias de sobrevivencia: trabajar fuera de casa, o aprender otro idioma. "En ocasiones, la cultura de acogida reforzó estereotipos de género, por ejemplo, ofreciendo una inserción laboral fuertemente segregada en base a roles de género, estrechando las posibilidades de inserción social y desarrollo personal"(Godoy, 2007 p.4).

La experiencia de exilio y desarraigo en Chile, así como el ejercicio de recordar, han alimentado la memoria nacional, de distintos modos. Sin embargo, muchas memorias, -como en otras épocas de la historia de Chile-, han quedado marginadas, fragmentadas o encerradas, ya sea por efectos psicosociales, como el miedo, la intensidad del trauma que la ha encapsulado, o la muerte. Ya sea, por la jerarquización arbitraria, con que se distribuyen los espacios para el recuerdo, entre otros factores implicados en el olvido.

Sin duda, ya los dicen los/as autores/as, no es posible recuperar, todos los rastros de la memoria en la vida de los pueblos. Pero sí, influir en los procesos de codificación de lo que se recuerda, en el establecimiento de las huellas de experiencia presentes, que en el futuro serán huellas del pasado: "también hay que tener en cuenta que sólo se recuerda aquello que sirve para algo en el curso de las acciones presentes. En un sentido, el recuerdo es importante, como también lo es el olvido" (Rosa, Bellelli, Bakhurst, 2000 p.45). Además, desde la perspectiva de la memoria emblemática, ésta, no es una sola memoria, una "cosa" concreta y sustantiva, de un sólo contenido. Más bien, como manifiesta Stern (2000) es un marco, una forma de organizar las memorias concretas y sus sentidos, abriendo debates entre la memoria emblemática y su contra-memoria. Por ejemplo, aquellas memorias que recuerdan los hechos del 11 de septiembre como la salvación de un país en caos, o que consideraron la dictadura como una guerra necesaria.

En así, en estos escenarios, como una gran cantidad de ciudadanos/as, como Daniela y sus hijos, construyeron sus historias de vida, hilvanando memorias de hebras ricas de sentidos, voces, rostros y afectos de otras culturas. Tejidas entre espacios vacíos, ausencias y negaciones. Entonces, la memoria de su país de origen, ese territorio del paisaje natal, se instaló en sus imaginarios, con olores asimilados, hechos de palabras y emociones, “con trozos de la memoria suelta” (Stern, 2002 p.11) de sus padres, hermanos/as mayores o abuelos/as. Hábitos, y tradiciones no vividas, implantados a sus propios recuerdos. No en términos de recolección de fechas, datos o eventos registrados históricamente, sino, como ilusión de permanencia en un tiempo y espacio como si fuera propio. Este proceso, contribuye al sentimiento de pertenencia identitaria y cultural, en un intento de mostrar que nada ha cambiado en el grupo, a pesar del desarraigo. Hallbwaschs (1950 p.15), explica que, “puede hablarse de memoria colectiva cuando evocamos un evento que ocupa un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos traído a la memoria, que lo hacemos presente en el momento en el que lo recordamos desde el punto de vista de ese grupo”

Por la polarización que significa para unos/as, -los/as derrotados/as por la dictadura-, como para otros/as, los/as vencedores/as, -que apoyaron la dictadura- se constituyen en recursos culturales, retóricos, ideológicos y políticos, bien para ejercer el poder, bien para criticarlo y cuestionarlo, bien para resistir frente al mismo. Paul Connerton (1993), llegó a demostrar, como no sólo las condiciones del presente influyen en la percepción del pasado, sino que se retroalimentan. Las imágenes del pasado, dice el autor, sirven para legitimar el orden social del presente. Es por ello, que el control de la memoria histórica se convierte en un sólido instrumento de dominación. Esto explica, las luchas sobre la memoria colectiva y el monopolio de la “verdad histórica” (Mendoza, 2005 p.25).

Luchas, que emergen desde lugares de la memoria en la sociedad chilena, que no cesan de remitirnos a problemáticas no resueltas sobre traumas arrastrados con la dictadura: pérdida de referentes, fragmentaciones socioculturales, territoriales, múltiples pérdidas de derechos, humanos y ciudadanos. Memorias, que por una parte, se manifiestan, desestabilizando el andamiaje estático, de estas verdades o ficciones dominantes: una armonía nacional, tambaleante, donde el malestar emerge desde los poros de las ciudades, traducido en violencias: callejera, intrafamiliar, política, discursiva, de clase, de género, entre otras. Por otra, permiten reconocer ventanas hacia otros mundos: que junto con significar pérdida, salvó las vidas de cientos de chilenos/as, que rompieron con el miedo, el sentimiento de amenaza, relanzando sus vidas en el exilio, emergiendo sujetos transformados y transformadores, como Daniela.

Enfoque metodológico.

He seguido el modelo metodológico propuesto por Steve Stern (2000, 2002) para quién, existen dos retos claves e interrelacionados, para el estudio de la memoria: por un lado, conceptualizar el enfoque de memoria, los criterios y procesos sociales a través de los cuales se la construye, y que poseen cierta resonancia cultural efectiva. Por otro, situar los nudos convocantes de la memoria y el olvido, ubicando con la mayor claridad los actores sociales, las situaciones que las crean, exigiendo una visibilidad de puentes de memoria, ligando **lo suelto, individual, con lo colectivo** de la sociedad involucrada. Propone además, tres tipos de nudos para trabajar los relatos:

nudos armados con grupos humanos, nudos de "hechos y fechas" y nudos de espacios, que van convocando múltiples memorias.

Además, en la investigación utilicé el método biográfico, epistemológicamente, significó, ubicarse desde una perspectiva socio constructivista, situando la actividad de informante e investigadora en el contexto (Gergen, 1993). El saber, se produce en el intercambio entre ambas. "La aproximación biográfica reivindica un conocimiento compartido entre dos, gracias a la intersubjetividad, en la cual el sujeto conoce al precio de ser conocido" (Correa, 1999, p. 37). A nivel metodológico, permite la reconstrucción "objetiva" y la búsqueda de determinantes en la construcción de una vida, pero al mismo tiempo posibilita la búsqueda de sentidos a partir de las vivencias, es decir, "la comprensión de la manera como el individuo habita esa historia en los planos afectivo, emocional, cultural y social". (Correa, 1999 p. 41)

Situé este esfuerzo conjunto, como un acto de resistencia, que se complejiza en cuanto, no sólo intento rearticular una memoria marginal de "gente sin historia", sino, recuperar relatos de personas que fueron parte de un proyecto político contra hegemónico, que actúan en la clandestinidad. Con ello, y siguiendo a Vidaurrázaga (2005) se puede constatar, que los recuerdos también emergen como actos subversivos, como impertinencias históricas ante el olvido disciplinador. A través de ellos, se hace visible esta historia mínima, la que no se produce como un acto neutro de recordar, sino como un acto reflexivo de dar a conocer y comprender, otros diseños de vida silenciados, pero no aniquilados. Como plantea Mabel Morana citada en Vidaurrázaga (2005 p.14): "la memoria es un campo de batalla, un acto político y programático, que o se ejerce o se pierde"

Del método biográfico, he seleccionado el relato temático de tipo investigativo, como estrategia de recolección, ya que privilegia la recuperación de memorias, en base a una búsqueda específica de tiempos y espacios, en la trayectoria vital de una persona. (Silva 2008, p.318) En este caso, se ubica como núcleo central, la pregunta *¿qué circunstancias personales e implicaciones políticas le llevaron con su grupo familiar a optar por el auto-exilio*. Me interrogo, por algunos eventos políticos y afectivos de la historia de Daniela, por su construcción como sujeto femenino y su articulación con la militancia. He tomado en cuenta que pertenece a un grupo social, que participa activamente en el cambio político-cultural chileno, hacia el socialismo.

Para la presentación de los hallazgos, de las 6 horas de grabación, de la biografía completa de Daniela, he editado, fragmentos narrativos, previa firma de consentimiento informado para su publicación. Para su interpretación y análisis, organicé fragmentos en base a tres nudos convocantes (Stern, 2002), elegidos a propósito de las rupturas problemáticas, al interior de los grupos humanos significativos de su vida a) desarticulación familiar, exilio de la familia de origen; datos de eventos y fechas críticas antes del exilio, b) compromiso de colaboración con el MIR, c) peligro de muerte y partida. Nudos, ubicados por periodos, sobre dos ejes. Eje temático: construcción de identidad de género y militancia. Eje temporal: periodo 1973-1983 que marcan la trayectoria hacia el autoexilio.

Hallazgos

Una joven militante

“(…) A los 12 años, en 1967 inicié la militancia en una célula de las juventudes comunistas. Me integraba esporádicamente, a la Brigada Ramona Parra en Prensa y Propaganda, y en los trabajos comunitarios en los barrios menos favorecidos. Habíamos pocas mujeres, en comparación con los varones, que asistíamos constantemente a cursos de formación de cuadros. Los/as bases de secundaria, entrábamos por primera vez en la vida a las lecturas del Capital, nos preparábamos para los debates. Los dirigentes mayores, siempre nos evaluaban, no sólo lo que aprendíamos, sino nuestro comportamiento. El año 1971, Fidel y Allende visitaron la Universidad de Chile. Aquí en el norte, ese evento fue para nosotros/as, jóvenes militantes, un momento de máxima inspiración, estar junto a nuestros líderes, escuchar sus discursos, la potencia de sus ideas”

“Estaba en cuarto año medio, en septiembre de 1973(…) En el partido, “los viejos” esos meses estaban siempre reunidos, se debatía la gravedad de la situación nacional, sospechaban que las cosas se pondrían duras.(…)la tensión iba en aumento. Lo crítico, eran las huelgas, los supermercados desabastecidos, el bloqueo de los transportistas. (...) La gente se peleaba por un pollo en las filas de las carnicerías. (...) En los barrios más acomodados en Santiago, las mujeres de derecha, “poder femenino” les decían, salieran con cacerolas a las calles, se coordinaban con regiones para replicar. (...) Ellas querían que Allende renunciara.

“(…)En mi barrio, los que desde la infancia fuimos amigos/as, o pololos/as, ese año, nos enfrentábamos en lados opuestos de la calle, insultándonos y golpeándonos por defender nuestras ideas. Camisas amaranto y verde oliva, contra camisas blancas y negras, con svásticas y cascos ”.

“Días antes del golpe, 6 o 7 de septiembre, a propósito de las manifestaciones de los jóvenes de “Patria y Libertad”, mi padre salió al balcón, agitando enérgico la bandera del partido, gritando a voz en cuello, “¡no..no.. nos moverán!”.(…) sentí su fuerza y también su angustia. En muchos aspectos admiraba a mi padre; sus ideas y capacidades. A su lado me sentía segura. Ese momento fue intenso, me conecté con él, gritamos juntos. Algunos jóvenes, le hicieron eco desde la calle. Sin embargo, sentí una inmensa soledad y el nudo se me quedó en la garganta. En el edificio, casi todos/as nuestros/as vecinos/as (...), eran familias de ingenieros o administrativos con altos cargos en las mineras, nacionalizadas por la Unidad Popular (...). Ellos, eran contrarios a Allende y a la Unidad Popular, Upelientos, nos decían. Para el golpe, celebraban”

En esta parte de su trayectoria política, se encuentran la base sobre la cuál, se fueron instalando los núcleos experienciales que facilitarán su transformación en el futuro, para sobrepasar el papel mudo de la mujer-víctima, que opera como dispositivo garante de la violencia impune. Es decir, Daniela, y su opción por participar activamente, desde el inicio de la adolescencia, hasta la clandestinidad, y posterior a ella, permite seguir el proceso paulatino, con saltos o paralizaciones, de sujeto, sujetado a la normativa dictatorial –interna y externa-, a sujeto-agente (Butler, 1993). Lo que significa, ir rompiendo con los disciplinamientos, inscritos en la vida de las mujeres, desde la socialización, para ir situándose, en la vía de la transgresión y cambio de la

razón hegemónica, que asigna un lugar a mujeres como ella, la obediencia a la autoridad, principalmente masculina. Joven, plena de dudas, inconsistencias, miedos y errores, su historia, se integra a la de aquellos/as, que en distintas etapas, ámbitos y niveles resistieron a la dictadura, traspasaron el rol pasivo de víctima, al estar conscientes de las injusticias que vivían, se determinaron a contribuir al cambio (Vidaurrázaga, 2005), de sí mismas, y sus entornos.

Primer nudo convocante.

El desconcierto. 1973-1982. “El 11 de septiembre, cerca de las 8:30 ya me había ido al Liceo. Al llegar, sentí el clima bajo una tensa calma. No alcanzamos a entrar a las salas, cuando por altoparlantes nos anunciaron que los “milicos” se habían tomado el gobierno y había toque de queda nacional a partir de las 3 de la tarde. Fue impresionante ver a grupos de compañeras, en el patio, saltando y abrazándose, celebraban como en año nuevo. En otros grupos, paralizadas, desorientadas (...) éramos mil mujeres divididas. De pronto, empezamos a llorar aterradas y a reconocernos entre distintos cursos. Nos juntamos con algunas profesoras, con sus rostros desencajados nos recomendaron calma y regresar a nuestras casas”

“En los buses, calles y grupos, la gente mayor hablaba del bombardeo a la Moneda, y la muerte de Allende, en voz baja, las/os menores a gritos. Como jóvenes, incluso nuestros dirigentes, no teníamos referencias para comparar, ni saber que hacer. Al llegar a casa, mi padre muy tenso, hablaba con mi madre en susurros, sin dejar de caminar por el living, de un lado a otro, tratando de explicarnos los alcances de lo que venía. Nos dio instrucciones claras: había que hacer desaparecer de casa libros, revistas, discos, pinturas, fotos, todo lo “peligroso”. Fue un trabajo interminable, salir cada cierto rato en el citroen AX 330, sufríamos, enterrando o tirando al mar, parte de nuestras pertenencias. Mi padre, acarició cada uno de los tomos, con tapas de cuero y hojas de seda del Capital, cuando lo enterró en el desierto. Mi madre peleó con mi padre, porque le obligó a romper las fotos con Pablo Neruda y Allende, dedicadas a ella”.

“Estábamos con la casa desmantelada, haciendo desaparecer todo lo que tuviera signos revolucionarios, la noche que llegaron a buscar a mi padre. Era, 13 o 15 de septiembre, los “tiras” revisaron cada rincón, closet y cajones, uno por uno, en busca de “material subversivo”. Mientras revisaban, tenían a mi padre en una habitación, mi hermana, yo, y mi madre en el living. Mi hermano pequeño, -con 12 años- se quedó en la cocina. Estábamos en plena quema de Revistas Gran ma; las lanzábamos en pequeños paquetes por el incinerador ubicado en la cocina. Cerca de las doce de la noche, golpearon fuerte la puerta. El pequeño, con la tranquilidad propia de su personalidad, siguió lanzando las que quedaban con la puerta cerrada. Nadie lo vio. Mi madre apenas con trolaba el terror que sentía, hablaba y hablaba, sobre el estado de salud de mi padre, les decía a gritos a los policías, ¡ lo van a matar!. Un “tira”, trataba de calmarla, diciéndole “es algo de rutina, regresará pronto”. Apenas salieron con mi padre, pálido pero tranquilo, ella descompuesta se arrojó a la calle, en pleno toque de queda. Caminamos detrás de ella, estábamos en pánico. Fuimos a casas de sus compañeros de trabajo, colegas que mi padre, había traído como profesores desde Santiago y otras ciudades. Ellos, abrían apenas la puerta, escuchaban el desesperado relato de mi madre, no la invitaban a pasar, la despedían diciéndole que no podían hacer nada. Mi madre lloraba, tenía claro que tenía que averiguar donde lo habían llevado. Esa noche, ella lo esperó vestida y despierta. Apenas amaneció, empezamos a buscarlo. En todos los centros de reclusión

nos dijeron que no estaba.(...) se juntaron las esposas de los detenidos, fueron incansables, hasta saber sus paraderos”.

“Entre el 11 de septiembre y el 30 de diciembre, con mi familia habíamos pasado situaciones inéditas y desgarradoras: la detención de mi padre, su búsqueda, el juicio de la fiscalía militar, el sentirnos inadecuados, vigilados por vecinos y “amigos”. Hasta su liberación el 25 de octubre de 1973 –la caravana de la muerte había cruzado la región, cerca del 17 o 20 de octubre, dejando su huella, la presión de la cruz roja, les obligó a liberar a los profesores-. Durante su detención, los apremios, le habían adelgazado casi 10 kilos y fragilizado su moral hasta el borde: vivió fusilamientos ficticios, y reales, con la muerte por ejecución de sus compañeros. Había escuchado y visto a sus alumnos torturados. A todo ese dolor inenarrable, le siguió la exoneración de su trabajo, con una prohibición de ingreso al recinto, decretada y firmada por la Fiscal María Angélica Figueroa Quinteros, el 20 de noviembre de 1973. Además de otra prohibición a nivel nacional, para impedir que ejerciera su profesión.(...)Entre junio del 1974 y abril de 1975, la familia fragmentada había partido al exilio. Primero mi padre, y un par de meses después mi hermano menor, junto a mi madre. Dos años más tarde, se les reunió mi hermana mayor. Me quedé sin familia, yo había decidido permanecer en el país, continuando un precario trabajo político de base, conectada con mis dirigentes de la juventud comunista que se habían reagrupado en Santiago”.

En estos años post dictadura, sectores de la sociedad chilena, han convertido en práctica, el disminuir el nivel del horror vivido, a un punto difuso de la historia. En la vida cotidiana, se ha ido fracturando la memoria, como se fracturaron muchos de los núcleos de la familia chilena, banalizando la experiencia del desarraigo. La familia de Daniela, con su padre y madre cercanos a los 50 años, deberá enfrentar, la difícil tarea de iniciar una nueva vida, enfrentar la subsistencia, adaptándose a costumbres y exigencias desconocidas: alimentación, clima, relaciones sociales, entre otras. Por su parte, ella, separada de su núcleo, asumir sus responsabilidades políticas, sin entrenamiento para la vida clandestina. Lo que no significa, no reconocer, la emergencia de habilidades y creatividad, generada en estos grupos en el proceso de inserción sociocultural, que en la mayoría de los casos, resultó una oportunidad.

A la vez, como práctica social, negar la intensidad traumática del exilio, significa, negar el terror y con ello a las/os afectados/as. La vida cotidiana, para las personas exiliadas, se tornó ambivalente. Si bien, como oportunidad, enriqueció a quienes lo vivieron, estos procesos de adaptación, ocurren lentamente en las personas, con altos costos psicoafectivos. En el inicio, para algunos, por muchos años, implicó desconcierto, penetrando la experiencia, poniendo entre paréntesis el proyecto vital organizado antes del exilio, que ofrecía confianzas, equilibrio intrapsíquico y relacional.

Fragmentaciones afectivas

“12 años después de la muerte de mi padre, vuelve, su mirada entristecida. Delgado, despidiéndose desde la escalerilla del avión que lo llevaba al exilio para siempre. Un maletín por equipaje(...). Desde la baranda del antiguo aeropuerto Pudahuel, lo miraba impotente, con los ojos nublados, presentía que no volvería a verlo. Los seis años siguientes, no supe nada de la familia. (...). En esos años, yo tuve dos hijos, que mi padre, casi no conoció. A la vez, mis hijos, conocieron al abuelo, y abuela, sólo por cartas y fotos, Murió con 68 años, a pocos años de recuperada la democracia en Chile.

Hasta el final no dejó de hablar del retorno, aunque había vivido plenitudes en el exilio. El año 2005 quedó registrado en el Informe Valech”.

Como sujeto hablante, hace parte de la historia nacional, por su historia, se conecta con aquellas memorias que van interpeándola constantemente desde sus espacios vacíos: la que busca al hermano desaparecido, los que denuncian a la hija muerta, el vecino-compadre exiliado, el amigo que fue prisionero, la colega que fue torturada, los que perdieron a sus padres y madres. En el proceso, se puede recordar desde tantos espacios, distintas experiencias “cuando los actos del recuerdo son al mismo tiempo actos de habla referidos a experiencias propias del hablante, hablamos de memorias individuales; cuando se refieren al pasado del grupo, las llamamos memorias sociales, y si estas últimas cumplen algunos requisitos las llamamos historia”(Ba rlett [1932-1995] citado en Rosa et all, 2000, p. 45).

Podemos conceptualizar, de una u otra forma, pero, lo que vincula, son los recuerdos contenidos en todas las memorias de las personas disidentes al golpe militar. Estas, hablan de las tensiones, de la violencia cotidiana, del miedo que se instaló en la convivencia como un cisma en la sociedad chilena, dejando una fisura en el fondo de las relaciones sociales. Entre esas voces se reconoce la voz de Daniela. Como mujer-hija, conmueve la ruptura interior que se va convirtiendo en fragmentación vital, hasta reacomodar su trayecto, rearmándose vital y fortalecida, de acuerdo a las exigencias que el contexto le hace a mujeres como ella. Como mujer-militante, toma decisiones de riesgo, con un alto costo. Cada experiencia vital, puede tener una cantidad infinita de matices; sin embargo, algo de la soledad, del quedar flotando, del sentirse perdida se instaló en ella, para luego transformarse en fuerza vital. Al igual que en otras mujeres chilenas, formando parte de un tipo de dinámica identitaria de género, mujer-exiliada-retornada, agente de su destino.

Entre lo doméstico y la participación clandestina

Como hemos visto, en la década 1973-1983, Daniela, había vivido una serie de transformaciones identitarias. Había pasado de pertenecer a una cultura colectiva de ricas interacciones personales a una cultura opresiva y violenta, en distintos contextos: social, intelectual y afectiva. Como mujer, estaba transversalizada por obediencias y transgresiones a una serie de normativas de género. Retomar los procesos que le llevaron al exilio, después de 10 años en dictadura, como militante, como madre, y esposa, significa, mirarse desde el pasado, al presente, en un doloroso saltar obstáculos. Tal como indica Triulzi, citado en Le Goff (1991, p.183), vencer resistencias, temores, interpeando los recuerdos personales y familiares, las historias locales, todo un complejo de conocimientos no oficiales, no institucionalizados, que “no se han cristalizado todavía en tradiciones formales (...) que representan de algún modo la conciencia colectiva de grupos enteros (familias, aldeas) o de individuos, (recuerdos y experiencias personales) contraponiéndose a un conocimiento privado y monopolizado por grupos precisos en defensa de intereses constituidos”

“(...)Hasta el 73 me identificaba con un grupo de jóvenes hombres y mujeres, en plena efervescencia y participación. Vivíamos los procesos de cambios revolucionarios de los países latinoamericanos. Todo el contexto, nos ofrecía argumentos y herramientas que aprovechamos al máximo. Nos estábamos construyendo entre la rebeldía y la obediencia, descubriendo algunas resistencias a los padres, que andaban entre el

conservadurismo y el cambio; había tensiones en el partido, las mujeres grandes ya no se quedaban calladas, pero no todas, otras estaban ahí, por sus maridos. En el liceo, había muchas actividades, trabajos voluntarios, hablábamos, reclamábamos. Todo quedó truncado, a medio camino. Yo misma como otras jóvenes, no habíamos logrado concretar las bases de la autonomía, (...) en casa era parte de las conversaciones, mi padre decía, „cuando las niñas vayan a la universidad, ...viajaremos, haremos tal o cual cosa juntos”. Así fue que como persona, internamente, se me produjo un quiebre, entre antes de la dictadura, durante y posterior a ella. Por un largo tiempo, viví entre la inseguridad, frustración y desconfianza. Sentimientos, que un tiempo, me paralizaron, otro, me obligaron a sostener la esperanza en que el terror acabaría, (...) hasta retomarme a mi misma”.

Ese yo que emergía en Daniela, era el de una mujer con redes fragmentadas por el aislamiento, y que por las circunstancias, retrocedía en su desarrollo personal, “había perdido seguridad y me había reinaugurado, domesticada; casa, hijos, cocina, pañales, mercado. Actividad política obediente. Llevar, ocultar, callar, atender al dirigente. Junto con ese aislamiento, vino agazapada esa subordinación, que no sabes como se instala y paraliza: basada en dependencia de las decisiones de mi pareja, baja o nula autonomía económica, obediencia frente a los viejos dirigentes, incluyendo a otros jóvenes varones de mayor jerarquía”.

En el Chile de esta época, aun con las grandes transformaciones que se habían vivido hasta 1973, las fronteras tradicionales fijadas para las mujeres se encontraban en plena vigencia. [para 1970, las mujeres de clases media y media alta, en Chile habían alcanzado el 46% de la población universitaria en la U de Chile.(Chaney, 1983)] La participación política femenina, si bien había tenido un repunte con la U.P., mejorando la visibilidad pública y las relaciones laborales, generalmente las mujeres jóvenes, como Daniela y otras mayores, se ubicaban subordinadas jerárquicamente al: padre, jefe, o dirigente masculino. Las mujeres militantes, vivían el peso de una doble exclusión; por ser mujeres y estar al margen, actuando en clandestinidad.

Las mujeres de sectores populares, participaban hasta 1973, trabajando arduamente en los sindicatos y organizaciones de base, por el bienestar y la protección de sus grupos, ollas comunes, sindicatos y centros de madres. Sin embargo, su protagonismo era prácticamente invisible. Como colectivo, no lograban acceder a puestos de liderazgo y decisión, donde se reconocieran sus capacidades y propuestas políticas. Pocas mujeres en la época, actuaban por su cuenta; casi todas las que se destacaban eran esposas, amantes, o hijas de hombres notables, o emparentadas con varones políticos (Schmidt [1975 p.468] citado en Chaney, 1983).

Karin Grammatico, en su análisis, sobre los procesos de construcción de la memoria de las mujeres agentes de los años '70, como Daniela, señala que las dinámicas militantes de las mujeres de izquierda de la época, dio origen a un singular recorrido posterior, que transformó esa participación, en compromiso político con el feminismo, fuerza organizativa y reconocimiento. La autora observa que, en los testimonios brindados por mujeres militantes, se encuentran una serie de momentos significativos: “el malestar por el rol secundario que cumplían en sus organizaciones, la manifestación de ciertas inquietudes en torno a lo que la época podría denominar “la problemática de la mujer” y a su vez, el rechazo de cualquier tipo de cuestionamiento de raigambre feminista, por considerarlo como expresión de una conciencia burguesa y pro imperialista; y finalmente el acercamiento al feminismo en condiciones de exilio”

(2005 p.19), trayecto que abre numerosos interrogantes para pensar la participación política, de las mujeres en la primera mitad de la década.

Que las mujeres, en la década de los años 70 tuvieran mayor acceso a la educación, –muchas, generaban sus ingresos y controlaban mejor su fertilidad- fue una innegable transformación que favoreció a mujeres de la clase media en América latina. Sin embargo, esto no garantizó la ampliación de la ciudadanía femenina. En el otro polo, la situación participativa de acceso a conocimientos, y a tecnología preventiva, era desfavorable para la gran mayoría de las mujeres más pobres. Las distancias de clase y género, para la participación política ha sido una constante: antes del golpe, durante la dictadura, hasta la actualidad. Durante la dictadura, las diferencias se acrecentaron, debilitándose los avances logrados por las mujeres, en todos los planos de la relación social. Para las mujeres militantes, significaba actuar en un espacio tradicionalmente masculino, aún en los partidos revolucionarios, que en su orgánica, operaba la misma lógica sexista que el sistema que se combatía: jerarquías, ordenamiento verticalista, un sistema de obediencia tradicional al dirigente, que mayoritariamente era masculino.

Sin duda, en ese periodo las mujeres, se abrían espacios en la esfera de lo público hacia la autonomía, asumiendo obstáculos y dificultades (sobrecarga de responsabilidades, triple jornada, baja o nulas redes de apoyo para la crianza de los hijos: salas cunas y jardines infantiles estatales, etc.). Esas mujeres transgresoras a los mandatos de género tradicionales, ofrecían un matiz innovador en el escenario, en organizaciones barriales, universitarias, de ongs, que favorecían la esperanza de transformación sociocultural. En los diez primeros años del régimen militar, se desplegó una fuerte campaña por el retorno del matrimonio católico, el amor para toda la vida y, principalmente, la maternidad. “Se van a redefinir los valores, la identidad y los roles de la mujer como parte del proyecto fundacional” (Grau, et al, 1997 p.10). Se proyectaba refundar una nación liberada de influencias foráneas. Así fue que:

“empezaron nuevamente a hacer noticia los grandes y pomposos matrimonios y nacimientos de las familias de apellidos: los periódicos y revistas de la farándula publicaban fotografías y reseñas biográficas que parecían salidas de cuentos de hadas, mientras en el país desaparecían jóvenes hombres y mujeres obreros, estudiantes o ex dirigentes sindicales”.(Barrientos y Silva, 2006 p. 48).

Se restringió en este periodo, el debate sobre el divorcio, el aborto y los roles de género a grupos dispersos de mujeres de clase media. Discursos, relativos a las problemáticas de género que se transmitían de boca a oreja, o en boletines y revistas de circulación limitada, que hacia mediados y finales de los 80’s “va tomando fuerza en el discurso feminista y de las mujeres organizadas identificadas con la izquierda”(Grau et al, 1999 p.11).

“El discurso público oficial, ligado al proceso de institucionalización del régimen militar, articulará un discurso de recomposición de los valores más tradicionales asociados a la mujer, lo femenino y los roles diferenciados de género” (Grau, Delsing, Brito, Farías (1997 p.10) (...)“Quién ama a otro eligiéndole como pareja, lo hace por y para siempre (...) quién desea la sobrevivencia de una humanidad en que primen los valores morales y espirituales sobre los materiales tendrá que optar por una negativa franca al

divorcio” (Sara Navas, dirigente del partido derechista Renovación Nacional, El Mercurio, 1982, citada en Grau, et al 1997 p.19).

En ese contexto para el año 1983 y con 26 años Daniela estaba casada, era madre de tres hijos, y los compromisos políticos que había adquirido se convertían paulatinamente en actividades de alto riesgo.

(...) “Había perdido el poder de decisión que tenía recién iniciado el golpe. La sensación que acompaña mi recuerdo, de los últimos años en Chile 1981 y 1982 es de impotencia: como mujer, como colaboradora en la resistencia política, y como pareja”.

Se identifica un periodo en que se debilita la fuerza de sus determinaciones, tensionando sus relaciones, articulado al nudo identitario género y participación política. “Habían pasado casi diez años del golpe, habían muerto amigos y no veía que las cosas fueran a cambiar. En muchas ocasiones, me dejaba arrastrar por el ritmo de los acontecimientos. Reconozco en este proceso mi propia responsabilidad, la falta de esperanzas. No hablaba casi con nadie de mis sentimientos íntimos, ni con otras mujeres o amigos. Mis conversaciones se concentraban en los hijos, la pareja y actividades que no revelaran nada comprometido, contactos superficiales.”

En Chile el escenario relacional se transformó rápidamente como consecuencia de la desconfianza y el temor: cualquier amigo o conocido podría ser un delator. Se produjeron modificaciones socioculturales profundas, especialmente en la intimidad o al constituir pareja, había que estar muy seguro de la verdadera identidad e intención del otro. Además, las personas se iban dando cuenta que convenía ocultar la mayor cantidad de detalles sobre la vida privada, o sobre lo que se pensaba, por el riesgo que representaba, tanto para la propia persona, como para sus familias. La ruptura con la familia de origen resultaba muchas veces inevitable por los quiebres ideológicos que podrían existir en su interior. Esto obligó a revisar y redefinir los conceptos de hogar, familia y pareja (Salazar y Pinto, 2002).

Segundo nudo convocante.

Colaboracionistas. Santiago, 30 de agosto¹ de 1983. “La nuestra era una “casa fachada”. En los closet se habían instalado “barretines” para ocultar material reservado de la fracción del MIR² con el que colaborábamos”. (...) “A las siete de la mañana, mi esposo se había ido a trabajar, los niños aún dormían, y en nuestro departamento, golpearon muy fuerte la puerta (...) Eran “Gloria” y “Pepe”; venían muy agitados. Extrañada, pregunto, porqué venían a esa hora (preferían las reuniones al atardecer, así

¹ La CNI decidió entonces actuar en represalia, lo que se concretó una semana más tarde. La noche del 7 de septiembre de 1983, la CNI descargó un duro golpe sobre el MIR al dar muerte a cinco de sus dirigentes y militantes clandestinos, vinculados a las tareas armadas de ese partido. El MIR impulsaba una política de resistencia popular a la dictadura que incluía trabajo de masas, propaganda y acciones armadas que desarrollaba a través de diferentes estructuras. La labor de inteligencia de la CNI, orientada sobre todo a identificar, ubicar las viviendas y vigilar los movimientos de los dirigentes y militantes de la estructura armada del MIR, había alcanzado resultados considerables. En poco tiempo consiguió detectar varias “casas de seguridad” que operaban en distintos puntos de la ciudad.(Punto Final, 2005).

² Desde 1977 hay cuadros del MIR designados para volver a Chile en el marco de una operación de retorno. Entre 1979 y 1983, la Fuerza Central contaba con los llamados grupos centralizados de batalla, que realizaron diversas “acciones”, y una de las más importantes fue el asesinato del coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, en 1980. En 1981, un grupo trata de atrincherarse en la cordillera de Neltume, intento de guerrilla que fue violentamente ahogado. En agosto de 1983, un comando mirista atacó y dio muerte al intendente de la Región Metropolitana, general Carol Urzúa. En los años siguientes las acciones son de poca importancia.

resguardarse en las sombras de las calles). Me explican, que tenían que dejar algunas cosas (...). Inquieta, sigo con mi rutina doméstica, llevo a mi hijo mayor hasta la escuela (...) los dos pequeños dormían en casa. De regreso (...). Al entrar, Gloria y Pepe están saliendo (...) dicen que necesitarían más colaboración (...) que regresarán en la tarde. Todo esto sucedió en menos de una hora (...) sola(...) Una noticia de último minuto, en la TV. casi me detiene el corazón, sin atreverme a escuchar mis propios pensamientos que asociaban, la noticia con lo que había sucedido en mi casa esa mañana”. “En la mañana del 30 de agosto de 1983, un comando mirista atacó y dio muerte al intendente de la Región Metropolitana, general Carol Urzúa Ibáñez, a su chofer, cabo segundo José Aguayo Franco, y al escolta cabo primero Carlos Riveros Beciarelli” (Pérez, 2003 p.33)

Conjugación de traiciones

“(…) Nos reunimos con dos amigos confiables y evaluamos lo que sucedería desde ese momento. Nos habían dejado un “paquete” grande de problemas, que si era encontrado significaba la muerte: unas Ak-47, cajas de balas, un bolso con todo el vestuario utilizado y otras armas. En el estacionamiento, el vehículo ocupado, descrito por TV. Mientras, en la ciudad los bandos militares y las redadas se desplazaban con todo su arsenal, reiniciando el terror. Cada momento del día aparecían rostros conocidos en las noticias, detenidos, siendo interrogados, demacrados, declarando públicamente que “estaban bien”. Pensábamos que podía ser cuestión de días o, a lo más, semanas para que la tortura hiciera su trabajo. Llegarían a nosotros, tal vez nunca, pero si lo hacían, sería la CNI. Principalmente querían las pruebas, todas plantadas en nuestra casa. Gloria y Pepe regresaron, había que ayudarlos, alguien del grupo vendría a sacarlo todo (...) No regresaron, ellos lograron asilarse”.

“Durante todo ese año 83, la relación con ellos, se mantuvo distante y funcional; un par de veces escuché que mi esposo entraba con ellos, pero la regla era que cada uno hacía su parte. Ellos pertenecían a lo que se llamaba un “grupo centralizado de batalla”, poseían una cadena de mando propia, todos eran combatientes clandestinos, desvinculados de sus familias y relaciones afectivas. Cada grupo contaba con redes de apoyo, como casa de seguridad, casas de acuartelamiento, y -como la nuestra- casa de fachada. Sin embargo, ya en ese periodo el MIR estaba viviendo una crisis importante, de traiciones internas, y rupturas”.

En el país se estaba viviendo un brusco cambio, con la rearticulación de movimientos opositores al gobierno militar. Desde fines de 1982 y comienzos de 1983, los/as disidentes empezaron a realizar manifestaciones públicas. Son protestas nacionales que se materializan a partir del 11 de mayo de 1983. Estos eventos fueron convocados por grupos organizados en el Comando Nacional de Trabajadores, dirigido por Rodolfo Seguel. Al mismo tiempo que despertaban los trabajadores, también se animaron los partidos políticos que comenzaron a desarrollar mayores actividades públicas. Fue un renacer político, dormido por casi una década.

La reacción del gobierno militar, en la década 1980-1990, se hizo sentir a nivel constitucional, consagrándose en un sistema político de poder vertical concentrado en el presidente-dictador. Escenario de violencia, en que la impunidad operaba en el núcleo de los aparatos institucionales. El último informe de la Comisión Nacional sobre

Prisión Política y Tortura en Chile, alcanza a registrar 33. 221 víctimas (Valech, 2005 p.541). En los años 1983-1985, el número de violaciones a los derechos humanos con resultado de muerte, atribuido a los agentes del Estado entre 1978-1990, es de aproximadamente 160. En el informe Rettig, se responsabiliza de ellas a la (CNI) Central Nacional de Inteligencia (Rettig, 1991). En abril de 1983 la situación de los grupos de combate dependientes de la Comisión Política del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) era crítica, así lo explica el historiador, Cristian Pérez :

“el largo período de acumulación de antecedentes, las numerosas detenciones y las posibles delaciones fueron conduciendo a los agentes de la CNI hacia el entorno de la jefatura militar del partido(...)Fue entonces cuando el (MIR) decide realizar una operación de mayor envergadura, una especie de “canto del cisne” militar. La decisión de esta acción, como todas las que podían tener repercusión nacional, la tomó la dirección del partido. Esta vez el objetivo de la acción era interno. Por medio de una operación de envergadura intentarían descubrir los focos de infiltración en la Fuerza Central y en el partido. Pensaban que como la operación tenía como destinatario eliminar un personaje de alto nivel, como era el intendente de Santiago, si la infiltración existía los elementos infiltrados harían fracasar esta acción.” (Pérez, 2003 p.38)

“Esas primeras noches críticas, a partir del 31 de agosto, las horas se hacían eternas, desvelados, días en que no dejaba de imaginar la muerte para nosotros. Pensaba constantemente en mis hijos, y la escena de la CNI derrumbando la puerta era casi real, qué sucedería con los niños si nos detenían. Pasaba muchas horas pegada en la ventana, hasta que el sueño me vencía. Estaba convencida que podría ver, si los milicos o la CNI, entraban en el edificio. Planeaba imaginariamente, correr con los hijos y dejarlos con las vecinas. El miedo y a la vez conciencia de la disciplina militante, el silencio tan internalizado -en teoría- me hacía temblar, no puedo imaginar que habría hecho si llegaban a torturarme.

Nunca hablé con las vecinas sobre esta faceta de nuestras vidas, no dimos ninguna señal que levantara sospecha. No sé por qué pensaba, que podría contar con ellas en una emergencia, ¿Porque eran mujeres, porque eran jóvenes como yo, porque eran madres? – creo que por todo ello junto, existía en mí desde siempre, una idea arraigada sobre la solidaridad femenina-.

Con el “paquete” en casa (...). No podíamos esperar mucho tiempo, planificábamos una y otra forma de reducirlo por nuestra cuenta. Con dos amigos confiables, logramos deshacernos paso a paso de las armas y todo “el paquete”, corriendo grandes riesgos, dada la vigilancia y rastreo que la CNI estaba haciendo sobre los núcleos miristas”.

“En ese clima de tensiones, un par de veces, Gloria, la mujer -soldado del MIR, me contó que tenía un hijo al que no debía ver por disciplina de seguridad. En un momento menos doloroso, dijo que a veces lo miraba desde lejos. Por primera vez en meses, ella dejó ver algo de su vida: nuestra comunicación era distante, era la regla³. Gloria, como

³ Todo este grupo que se reunía en casa, alrededor de 5 o 6 que rotaban, pertenecían a militantes entrenados en Cuba. La dirección del MIR acordó una estrategia global para reestructurar el partido reingresando cuadros político-militares e iniciar acciones de combate en el país. Lo expone con claridad Cristian Pérez, “La entrada clandestina de cuadros fue conocida como la “Operación Retorno”. Así, entre 1978 y 1980, en medio de enormes dificultades, el MIR fue reconstruyendo su fuerza en el interior. Poco a poco retornaron cuadros militares y dirigentes de la Comisión Política y del Comité Central; también retornó el secretario general, Andrés Pascal Allende; antes, lo había hecho ‘Coño’ Villabela, responsable militar del partido.” (Pérez, 2003 p.35)

otras mujeres del MIR, pertenecía a los grupos de combatientes, ent renadas, que vivieron su militancia como prioridad, sobrepasando roles tradicionales; maternidad y abnegación familiar como prioridad. El MIR era una organización, que requería en ese periodo sacrificarlo todo”.

Como señala Vidaurrázaga, en su análisis, de las relaciones de género al interior del MIR, “Las tensiones identitarias mujer-militante, el debate sobre las prioridades de la lucha de clases, versus la lucha contra el patriarcado, la construcción artificial de la dicotomía público/privado la supue sta contradicción entre maternidad y combatiente, y el terror ante mujeres que podían controlar la vida y la muerte, fueron tensiones que se mantienen hasta nuestros días”(Vidaurrázaga 2005 p.196).

No sólo en la organización interna del MIR se producían tensiones de género, que generaron divisiones y rupturas, sino en la mayoría, -por no decir en todos- los partidos de izquierda. Estos como parte de una estructura social de tipo jerárquico piramidal, como se ha tipificado la sociedad chilena en la cual:

“se conservan grandes bolsones de conservadurismo, no solo en las clases populares más distantes de las consecuencias acarreadas por la modernización, sino en los sectores con alto capital económico y cultural. Son éstos los que aparecen como portadores y reproductores del conservadurismo ideológico y como bastión impermeable a los cambios”(Jiménez y Palacios, 2001, citados en Valdés et al, 2006 p. 31).

En estas jerarquías, los partidos de izquierda imponían mandatos a sus integrantes, hombres y mujeres, que en muchos casos “significaba intromisiones en la vida personal y familiar, de sus militantes” (Rebolledo p. 2003), principalmente estrictos en la vigilancia de las conductas morales de las mujeres y mayor permisividad con los varones. Hubo algunos donde “el colectivo debatía sobre las separaciones, y recomendaba la mantención de las parejas bajo pena de expulsión d el partido si no se acataba”(Jiménez y Palacios, 2001 en Valdés et al, 2006 p. 31).

Los/as militantes de izquierda que actuaban en clandestinidad, principalmente jóvenes, estaban concientes que debían asumir riesgos. Uno de ellos, era la pérdida de los vínculos afectivos, con los hijos, parejas y padres, por el trabajo político. Otros, era el enfrentar la posibilidad de la muerte, o la prisión. Otra cosa, sin embargo, significó enfrentar ser traicionado, por abandono de sus núcleos políticos. Los riesgos se agudizaron, durante los eventos críticos de finales de 1983 en Santiago. Cada uno/a había tomado una decisión vinculada al compromiso con sus partidos u otras organizaciones de izquierda. Es el caso de Daniela, que siendo militante de la Juventud Comunista colabora con MIR. Decisión, asumida en acuerdo con su esposo, la que les cambió la vida definitivamente.

En este escenario, específicamente, las mujeres activas de izquierda, viven con gran crudeza la violencia institucionalizada desde el estado autoritario-dictatorial, que traiciona sus principios de protección a la población. Prácticas relacionales, implantadas en su amplio espectro sociocultural: el retroceso de las políticas públicas, que beneficiaban la autonomía femenina, el recrudecimiento de las relaciones de hegemonía

masculina, que se agudiza al interior de los partidos de izquierda. Un efecto de ello, vemos en la historia de Daniela, que debe asimilar la traición de sus camaradas del MIR, que impone sacrificio a sus colaboradores de menor jerarquía.

La demanda que esta organización le hizo a esta pareja, fue en extremo utilitaria. Era difícil que en esa etapa se hubiera reflejado allí una equidad, que no existía en ningún sector de la sociedad. Tampoco se registra en ninguna organización política de izquierda, de la época, en que los problemas de género, se discutieran políticamente a nivel colectivo. La traición que los deja vulnerables, será para otros, parte del riesgo asumido, a su vez parte de la distribución de roles a nivel de jerarquías.

“Entre septiembre y diciembre de 1982 todo fue caótico.(...) Estuve sola más de un mes, contando con la fuerza y la capacidad de resolución, que había reaparecido con ímpetu, alimentada por la oposición entre el miedo a la muerte, el deseo de proteger a mis hijos y de vivir. Mi esposo, había viajado hacia el norte para hacer contactos y averiguaciones que facilitarían nuestro desplazamiento fuera del país”.

Tercer nudo convocante.

El autoexilio, 1982-1983. “A fines del 82 y principios del 83, teníamos entre 25 y 29 años, mis hijos, entre seis y un año. En Santiago, la represión recrudecía, la sentíamos cerca. La recomendación de los amigos, fue el autoexilio. Estábamos arrinconados, sin dinero, ni condiciones estratégicas para resguardarnos, menos para elegir el rumbo. Para salir del país, sus padres en el norte nos acogerían en el trayecto intermedio. Partimos al exilio (...) con los libros amarrados con pitas, lo demás se quedó en Santiago, con los parques y el paisaje. Entre nosotros la angustia estuvo siempre, sin negociación posible (...). Se sumaban los conflictos que como pareja arrastrábamos año tras año sin resolver, la soledad y las diferencias, (...) organizamos la partida, llenos de terror en nuestros espíritus, (...) el abandono del grupo con que estábamos comprometidos y nuestra propia indolencia afectiva”.

En esta parte del relato, se visualizan diversos elementos que vinculan la construcción de identidad familiar de Daniela y las memorias colectivas y emblemáticas de otras familias de exiliados: las representaciones se encuentran en permanente movimiento, como fenómenos intersubjetivos en juego, para quienes salieron de Chile siendo niños/as, como el caso de sus tres hijos. Los procesos vividos por ellos, si bien les amplía el universo, también les obliga a resignificar su biografía: un antes y un después, un allá y un acá. Sus familias disgregadas en distintos países, eventos que en crisis, les abre puertas y ventanas a la libertad. A su vez, les exige enfrentar otros desafíos: ser chilenos-fuera de Chile. Para los hijos, como para la madre y padre, se torna imprescindible enfrentar un proceso de negociación entre las dos sociedades -de origen y de acogida-. Para ellos, “se constituye en un aquí- ahora en el instante de la llegada a un país donde no tienen historia ni recuerdos, atrás queda el país de la infancia y la posibilidad de recuperarlo es mucho más difusa pues no es parte del proyecto de vida de los padres/madres que se los trajeron (llevaron)”(Acuña, 2001).

Hijos del exilio: del miedo hacia la libertad.

En este sentido, para la generación de los hijos de Daniela, criados, y educados fuera de Chile y con una trayectoria de afectos construida en el exilio de sus padres, en la dinámica identitaria, se amplía el universo simbólico, real e imaginario. Incorporan

diversos códigos culturales, educativos, lingüísticos nuevos. Se integran a otros mundos de creencias, juegos, olores y colores. Las materialidades que los acogen extienden sus territorios, barrios, y habitaciones. Universo, urdido con lugares de memoria múltiples: el exilio de su abuelo y abuela maternos, y los lugares de memoria individual relevados por Daniela. Se cargan de significación esos recuerdos, figuras familiares, que se vuelven emblemáticas en la biografía. Además, con los reencuentros periódicos con la familia paterna que vivía en Chile. Vínculos, que les permiten recuperar fragmentos identitarios de su país de origen, el sentido de familia ampliada, nuclear; primos/as y tías/os. Además reconocer espacios, comidas y fiestas. Procesos de construcción identitaria, que poseen connotaciones de arriago-desarraigo. (Acuña, 2001).

“En el caso de la segunda generación, de niños/as y jóvenes hay un doble problema, por un lado se marginaliza su experiencia y por otro (...) hay una generación que posee el sentido del pasado, que lo transmite y la otra lo recibe en un proceso más o menos simple (...) Memoria e identidad son dos fenómenos que se entrelazan debido a la necesidad de estructurar una identidad que funcionara para el retorno, lo que en el caso de los/as jóvenes tensa la construcción de su propia identidad” (Acuña, 2001p. 1).

De esta manera, la identidad se resignifica con diversidad de representaciones, matizadas por los relatos histórico-oficiales de su país. “En los primeros años del exilio, la marca del dolor en mi existencia se traspasaba a ellos en la vida cotidiana (...) Hablar de Chile, “tomar caldo de cabeza” nos decían. Escuchar música chilena, leer poesía chilena, reunirse con chilenos/as. Hacer trabajo de colaboración desde fuera hacia Chile, estar pendiente de las noticias, recordar, llorar. La nostalgia era visible en lo cotidiano, entrecruzada, con los aspectos positivos de la adaptación entre la sensación recuperada de libertad, la melancolía de lo perdido y la ilusión del retorno”.

“Para mis tres hijos, la exigencia fue grande, principalmente en la escuela. Un viraje en cien grados, acomodarse y asimilar en la experiencia: en casa comida al estilo chileno, preparadas con los productos nativos del país que nos acogía, era otro sabor. Un gran salto positivo, del Santiago de cemento, amenazante, al clima cálido, con animales de este otro contexto. Entre los amigos/as nuevos, juegos, hábitos, valores y libertades. Ellos se adaptaron rápidamente, el menor aprendió a hablar allí, con ese acento (...) Poco tienen de chilenos hoy”.

Estos hijos del exilio, con el pasar de los años, idas y venidas, incorporaron inversamente los polos identitarios: lo chileno y lo otro, a su mundo simbólico. La sociedad de acogida, para ellos pasó a ser su sociedad de origen y Chile, su sociedad de acogida.

Sobre las implicancias del exilio en la vida de los hijos, como los de Daniela, es muy poco lo que se sabe. No se ha realizado investigación sistemática, se cuenta con relatos dispersos, el interés sobre estas biografías, como parte de la recuperación de las memorias colectivas, es menor tomando en cuenta que el número de hijos de exiliados es elevado. “Al no haber un reconocimiento social de su experiencia y, debido a la edad, tampoco hay testimonios escritos de este hecho (...). Cuando más se lo ha consignado como un problema psicológico, como trauma o desadaptación; lo que ocasiona una dificultad para construir referentes identitarios colectivos”.(Acuña, 2001p.12)

Se puede escudriñar en las huellas de la nostalgia, y encontraremos vacíos, soledades dolorosas, en los mayores de 30 años, también, muchos otros casos, en los menores de 30 años experiencias felices. En la producción creativa de esta generación, de su literatura, el cine que proponen, la música y pintura, sabemos de ellos/as. Ellos/as, los/as hijos/as, arman escenarios, recomponen guiones de vida. Algunos se pierden en la pregunta por el ser, intentando respuestas que los anclen en algún vértice de la trama de sus vidas fragmentadas. Sin embargo, sabemos de un modo u otro que en el lugar de los vacíos estructurales es imposible taponear, rellenar. Lo que sí es posible, es reconocer el vacío, se lo sufre, pasar por terapias, y aún sigue siendo vacío. En muchos de estos/as hijos/as de septiembre como señala Rubí Carreño (2005 p.1), seguirá resonando un golpe.”

Hay, en efecto, enfoques, miradas opuestas entre padres, madres e hijos/as exiliados: para muchos, la mejor solución al dolor fue el olvido, -lapsos largos de tiempo sin retomar el recuerdo- Daniela, comparte que “nos ha permitido, durante más de 30 años mantener un cierto orden ficticio que nos ofrecía seguridad, algún alivio. Nuestro discurso estaba sostenido por el silencio obligándonos a olvidar -como si eso fuese posible-. Nuestros/as hijos/as, en cambio, entienden que la solución no pasa por ahí y buscan la forma de recuperar el pasado, apostando por el conocer, por el saber, aun cuando intuyen que aquello que se esconde puede ser muy doloroso.”

Vemos así, “desde fines del siglo XX se produjo un interés notable por todos aquellos temas vinculados a la memoria, producto de la decepción que el presente provocaba”. Paradójicamente, en Chile se habría dado, según Grínor Rojo, el fenómeno contrario: una política deliberada para “institucionalizar el olvido”, dice Nelly Richard, (2000). Según esta tendencia, lo importante sería mirar hacia adelante y seguir avanzando sin perder más tiempo en inútiles discusiones sobre lo que ya pasó. Rojo recuerda, sobre lo peligroso de esta posición, en palabras de Richard: “un pueblo sin identidad nacional, es un pueblo sin memoria y un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia” (Richard, citada en Martínez, 2005 p.69).

De sujeto-sujetada a agente de su vida

“Había cumplido 30 años, y unos cuantos de autoexilio, la crisis de pareja se agudizó desde la llegada a este nuevo país. Estiraba el tiempo entre mis responsabilidades: los hijos, el hogar, la universidad, que era una meta desde mi salida de Chile. Me había contactado con el partido comunista, trabajé con ellos desde entre 1983 y 1987. En esa etapa, hablando con otras mujeres, y leyendo, empecé a ver más claro mis conflictos de relación (...) las mismas traiciones con distintos paisajes de fondo (...). Nos separamos el mismo 87, muy mal. También me alejé de la militancia (...) Empecé a trabajar en cualquier cosa, viviendo en piezas con los hijos, sin plata, comiendo con la ayuda de mis compañeras/os de carrera. Pasamos periodos muy violentos. Faltamos a los acuerdos que habíamos tomado en la relación”.

“Después, en 1988, se me presentó la oportunidad de trabajar en derechos humanos, y organizaciones sindicales (...) empecé a despegar. Así, poco a poco, tuve los recursos para vivir mejor con mis hijos y divertirnos. (...) Entre errores y aciertos, me tomó unos varios años afirmarme y recuperar autoestima, la fuerza que necesitaba para tomar decisiones, creer en mi misma. En 1992 empecé a trabajar con mujeres, me fui fortaleciendo. Me titulé en la universidad en 1993 y seguía trabajando (...) obtuve reconocimientos importantes; becas e invitaciones, para trabajar periodos cortos en

Europa. De esta manera, inicié mi propio proyecto de vida. A finales de 1996, murió mi padre, fue un golpe devastador que remeció toda mi vida (...) temas no resueltos, el más doloroso, retornar a Chile (...) quedó allí como la promesa que debía cumplir, a mi padre, a mis misma (...) se concretizó unos años después”.

Daniela, entre 1988-1997, inició un complejo periplo de recuperación de sí misma, a un alto costo afectivo. Rompió los esquemas de obediencia, que le señalaban su lugar sujeta a la esfera privada, separándose de la pareja y el partido. Tomó las oportunidades que se abrieron paulatinamente, estudiando y trabajando. A partir de ese periodo, desarrolló sus capacidades y autogestionó la satisfacción de sus necesidades. Ese proceso de transformación identitaria, debió enfrentar obstáculos vinculados a su condición de mujer, madre y jefa de hogar: críticas, soledad, acoso. Así también, asumió desafíos y tomó oportunidades. Estos cambios, coexisten con la exigencia de los roles de género diferenciados, tanto en la cultura chilena donde ha sido socializada, y en la cultura donde se ha instalado.

Reflexiones finales

Seguir la trayectoria vital de Daniela, permite, responder la interrogante central que guía la pesquisa, *¿qué circunstancias personales e implicaciones políticas le llevaron a usted y su grupo familiar a optar por el auto-exilio*. A partir de esta pregunta, se han trazado puentes interactivos entre la memoria individual de la narradora y la memoria colectiva, de un amplio grupo de mujeres que participaron clandestinamente, en actividades políticas durante en régimen militar y posteriormente, vivieron en exilio. Ha través de su relato, podemos visibilizar tensiones individuales y colectivas que vivieron, en el escenario sociocultural de la época, como mujeres-militantes. Socio-políticamente ancladas, en modelos relacionales de una cultura nacional con fuertes rasgos androcéntricos. Contexto cultural, en la que se imponía en las interacciones, ciertas formas tradicionales de constituir familia, de ocupar los espacios sociales, de establecer las relaciones de género, subordinadas a ciertos roles. Pero que, en el periodo previo a la dictadura, habían empezado a cuestionarse, y a cambiar.

En la época y gracias a la masiva presencia de la juventud en los procesos políticos revolucionarios, en el concierto internacional y nacional, se gestaban transformaciones socioculturales y políticas, que promovían roles de mayor autonomía, decisión y participación. Cambios que retrocedieron brutalmente, durante la dictadura, radicalizándose el control social de la vida, los cuerpos y las mentes de la ciudadanía.

A las mujeres, la dictadura les afectó de manera radical: los grupos vencedores, promovieron el retorno de la mujer al mundo privado-doméstico, regreso a valores marianista: madres, cuidadoras, sacrificadas y abnegadas. Además, la aplicación de políticas públicas, que sostuvieron el retiro de los dispositivos intrauterinos, restricciones de las libertades de expresión y acción, aplaudidos, principalmente por las mujeres de derecha, hasta reinstalarse en los procesos socializadores, de grandes sectores de las familias chilenas.

En las prácticas relacionales, las formas jerarquizadas y autoritarias de las jefaturas masculinas, acrecentaron su prestigio en el mundo público. Por tanto, su visibilidad y voz de mando traspasaron la política, desde el mundo oficial, con dictadores y sus funcionarios, hacia el mundo privado. Parte de estos discursos y prácticas, se reprodujeron en los grupos disidentes, que actuaban en la clandestinidad. Algunas de estas dinámicas, ya estaban instaladas entre los hombres y mujeres militantes de izquierda, antes de la dictadura en los años 60's. Adquirió gran prestigio

social, la figura del combatiente, que lo dejaba todo en pos de la causa revolucionaria, como el Ché. Era un ideal ambicionado, que no reconocía el lugar de las mujeres en este destino, con excepciones. Aunque cientos de mujeres, actuaron comprometida e inteligentemente en las acciones contra la dictadura, en los historiales, mayoritariamente se encuentran registradas en roles secundarios. Práctica política, a las que no escaparon los hombres ubicados en menor jerarquía, en los distintos núcleos de acción clandestina de izquierda.

En este escenario, la persecución, y la fragmentación de familias de izquierda opera, como parte de las políticas de exterminio del enemigo. Instalar la traición en las relaciones sociales de convivencia, se transforma en un instrumento efectivo, fortalecido por el miedo y la necesidad humana de sobrevivencia. En muchos ámbitos relacionales, los objetivos de mayor envergadura política, se elevaban a primer plano, por sobre el valor de lo humano: muchos/as se dispusieron a morir por los ideales, otros/as pasaron al otro bando, una gran masa, actuaba midiendo sus posibilidades y capacidades de acción, aportando lo suyo para derrocar la dictadura. Para la fracción del MIR con que colaboraban Daniela y su esposo, como familia, ocuparon un lugar de bajo prestigio en la jerarquía, siendo utilizados y luego traicionados con el abandono. Simbolizados como subordinados, aún habiendo colaborado con su propio concurso, quedaron expuestos al peligro y a sus propias estrategias de sobrevivencia, detonante en este caso del autoexilio que les salvó la vida.

Los hechos histórico-políticos, vinculados a la narración biográfica de Daniela y su familia, suelen considerarse, entre la militancia de izquierda, como sacrificios necesarios, inenarrables que deben silenciarse por inadecuados o vergonzosos. Tal vez por ello, se encuentren análisis de estas circunstancias, sólo en trabajos académicos de mujeres feministas, o de historiadores críticos. La mayoría de esas historias, se ubican en el plano de las estadísticas, en las memorias anónimas no oficiales, o historias mínimas resumidas en informes. Historias, que pasan a un lugar subalterno, por no corresponder a grandes personajes, quedando restringidas a los anecdóticos de la vida privada, recordadas entre el copete de madrugada donde afloran los dolores íntimos.

Como parte de la memoria emblemática de Chile, el exilio, extrañamiento, autoexilio, se ubica en el centro de las familias chilenas. Recuerdos que pueden pertenecer a los derrotados, o a los vencedores, pero si escudriñamos estas memorias, se puede encontrar algún vínculo entre ambas experiencias. A muchas familias o grupos, obligadas a realizar este brusco viraje, les cambió el destino –a muchos les abrió el mundo de las oportunidades-. Examinando las historias de las genealogías, es seguro que encontraremos como en la biografía de Daniela, al menos a tres grupos, de tres generaciones involucrados: abuelos/as, padres madres e hijos/as.

Para “las generaciones vencidas” la peor derrota, es la no documentada, porque no posee lecciones que contrastar, ni posibilidad de segundas lecturas y menos de nuevas interpretaciones. “No hay peor derrota, que la ignorancia que alguna vez ocurrieron sucesos aparentemente increíbles para los “ojos normales”, y que en su tiempo y circunstancia, fueron la cotidianidad de otras personas normales que no hicieron nada más, que empinarse sobre sus propios zapatos”(Vidaurrázaga, 2005: 197).

Daniela regresa a Chile en 1998, habiendo rearmado su historia como mujer, madre y profesional, asumiendo este nuevo giro biográfico. Retorno, que supone afrontar su historia y su memoria que no cesan de remitirle recuerdos de lo vivido, esta vez, memoria transformada en fuerza que sostiene su resistencia al olvido. También, se instalan en la memoria colectiva, como lecciones que no se pueden repetir, ni como país, ni como sujetos sociales: desigualdades, exclusiones, normativas autoritarias,

subordinación de género y políticas, que reproduzcan las violencias vividas en el pasado.

Bibliografía

Acuña, María Elena (2001) "La Cordillera como lugar de Memoria". Ponencia presentada al IV Congreso Internacional de Antropología Chilena. Colegio de Antropólogos - Escuela de Antropología, Universidad de Chile.

Bolzman, Claudio (1993) "La place des femmes dans une émigration politique. L'exemple de l'exil chilien vers la Suisse. En: Acuña, María Elena (2001) "La Cordillera como lugar de Memoria". Ponencia presentada al IV Congreso Internacional de Antropología Chilena. Colegio de Antropólogos - Escuela de Antropología, Universidad de Chile.

Barrientos, Jaime, Silva Jimena (2006) De la restricción a la equidad. Estudio del Comportamiento Sexual en la II Región de Antofagasta. ORDHUM, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile.

Carreño, Rubí (2005) De niños de septiembre a pasajeros en tránsito: Memorias de 2000 en Electorat y Fuguet. <http://www.mundodepapel.cl/datos/ftp/rubielectoratyfuguet.htm>

Chaney, Elsa (1986) Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina. Traducción de Mariluz Caso. Fondo de Cultura Económica, México.

Correa, Rosario. (1999). La aproximación biográfica como opción epistemológica, ética y metodológica. *Proposiciones*, 29, 35-44.

Diario en Gong, Temuco, sección Reportajes, 19-06-2007.

Gergen, Kenneth J. (1993) El movimiento del construccionismo social en la psicología moderna. *Sistemas Familiares* Año 9 no 2, Buenos Aires, Argentina.

Goicovic, Igor (2006) La refundación del capitalismo y la Transición Democrática en Chile (1973-2004). Universidad de Los Lagos, HAOL, Núm. 10 7-16 ISSN 1696-2060, Osorno, Chile.

GODOY, Lorena. (2007) Fenómenos Migratorios y Género: Identidades Femeninas "Remodeladas". *Psyke*, vol.16, no.1, p.41-51. ISSN 0718-2228.

Grau, Olga, Delsing, Riet, Brito, Eugenia, Farías, Alejandra (1997) Discurso, Género y Poder. *Discursos públicos: 1978-1993*. Lom, Arcis, La Morada, Santiago, Chile.

Grinberg, L. & Grinberg, R. (1996). Migración y exilio. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.

Hallwachs, Maurice [1950] (1992) *On Collective Memory*. Chicago: Chicago University Press.

Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (VALECH) (2005) Gobierno de Chile.

Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (RETTIG), (1999) Gobierno de Chile.

Martínez, Javier, Palacios, Margarita (2001) Liberalismo y conservadurismo en Chile, Análisis sobre las opiniones y actitudes de las mujeres chilenas al fin de del siglo XX. En: Valdés, Ximena, Castelain-Meunier, Christine, Palacios, Margarita (2006) *Puertas Dentro. Femenino y masculino en la familia contemporánea*. LOM, CEDEM, Santiago, Chile.

Martínez Claudia (2005) La memoria Silenciada. La historia familiar en los relatos de tres escritoras chilenas: Costamagna, Maturana y Fernández Taller de Letras N° 37: Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

Mendoza, Jorge (2005) Exordio a la Memoria Colectiva y el Olvido Social, Atenea Digital, 8.1-26, UNAM, Mexico.

Pinto, Julio, Salazar, Gabriel. (2002) Historia Contemporánea de Chile IV, Hombría y Feminidad. LOM Ediciones, Santiago, Chile.

Prins, Gwin (2003) Historia Oral. En: Peter Burke (ed.) Formas de hacer historia. Madrid. Alianza Editorial.

Punto Final (2005) Edición 605 - Desde el 25 de Noviembre al 8 de Diciembre de 2005

Pérez, Cristián (2003) Historia del MIR “Si quieren guerra, guerra tendrán...”, Estudios Públicos N° 91 Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Pérez Cristian (2000) Víctor Farías: La Izquierda Chilena (1969-1973) Documentos para el Estudio de su Línea Estratégica. Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile.

Rebolledo, Loreto & Acuña María Elena (2000-2001) Narrativas del exilio chileno, Anales, N°. 3-4. Ejemplar dedicado a: Historia y memoria.

Rebolledo, Loreto (2003) El impacto del exilio en la familia chilena. En: Valdés, Teresa, Valdés, Ximena (2005) Familia y vida privada. FLACSO -Chile, CEDEM, UNFPA, Santiago, Chile.

Richard, Nelly (2000). Políticas y estéticas de la memoria. En Martínez Claudia (2005) La memoria Silenciada. La historia familiar en los relatos de tres escritoras chilenas: Costamagna, Maturana y Fernández Taller de Letras N° 37, Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.

Rosa, Alberto, Bellelli, Gulgliemo, Bakhurst (2000) Memoria Colectiva e Identidad Nacional, Biblioteca Nueva, Madrid, España.

Rodríguez Aguero, Eva. AA.VV, compilado por: Andrea Andújar, Débora D'Antonio, Nora Domínguez, Karin Grammatico, Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, María Inés Rodríguez y Alejandra Vassallo. A propósito de Historia, Género y Política en los 70, en <http://www.feminaria.com.ar/colecciones/temas contemporaneos>, 2005, Páginas 502. Aljaba (Luján), ene./dic. 2006, vol.10, p.238-241. ISSN 1669-5704

Silva, Jimena(2008) De memorias y Olvidos. Aplicaciones del método Biográfico o. En Salinas Paulina y Cárdenas, Manuel (comp.). Métodos de investigación en Ciencias Sociales, Antofagasta, Chile. Universidad Católica del Norte.

Stern, Steve (2000) De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile 1973-1998). En: Mario Garcés et al (comp.) Memoria para un nuevo siglo. Chile mira hacia la segunda mitad del siglo XX. Santiago: LOM.

Tironi, Eugenio (1988) Los silencios de la revolución. Chile: la otra cara de la modernización. Santiago de Chile, Editorial Antártica, Santiago, Chile.

Vidaurrázaga, Tamara (2005) Mujeres en Rojo y Negro. Reconstrucción de la Memoria de tres mujeres miristas (1971-1990), Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile. Santiago, Chile.